

Liderazgo

JOSEBA ARREGI

En el momento del fin de ETA uno se pregunta si de lo que se trata precisamente es de dejar a un lado los procedimientos normales de la aburrida democracia para caminar por caminos extraordinarios

Suele ser un término que en el debate político suele aparecer especialmente en momentos difíciles, cuando los problemas se acumulan, en situaciones de crisis. Cuando se ve el futuro comprometido los ciudadanos reclaman liderazgo de los responsables políticos.

En Euskadi y en los últimos tiempos ha vuelto a hacer su aparición la reclamación de liderazgo político, dirigido a los responsables de las instituciones vascas, al lehendakari, o también dirigido al presidente del Gobierno central. Y uno pudiera pensar que la exigencia de liderazgo tiene algo que ver con la brutal crisis económico-financiera que estamos sufriendo. Pero resulta que la mayoría de las llamadas a asumir el liderazgo, la mayoría de las veces en que se exige liderazgo sea al lehendakari, sea al presidente del Gobierno central, es a raíz de la derrota de ETA, a raíz del anuncio de ETA de que cesa en su actividad asesina.

Y la verdad es que resulta difícil entender lo que quiere decir liderar. Al menos a quien suscribe estas líneas le cuesta entender lo que quiere decir liderar el proceso de fin de ETA. O quizá es que lo entiendo demasiado bien y no me gusta nada.

Cuando se exige liderazgo en tiempos de crisis es que la mayoría de los ciudadanos no sabe por dónde puede alumbrar la salida del túnel, suele ser porque es necesario que alguien sea capaz de ver mejor, más lejos que los demás, y que sea capaz de definir los medios para llegar a donde es preciso llegar. Liderazgo implica en todos estos casos algo de extraordinario, algo de anormal, algo que supera los procedimientos normales y aburridos del día a día de la democracia.

Si aplicamos estas ideas al liderazgo que se exige ejercer en el momento del fin de ETA uno se pregunta si de lo que se trata es precisamente de dejar a un lado los procedimientos normales de la aburrida democracia para caminar por caminos extraordinarios, por caminos que discurren fuera de la normalidad democrática. Y uno se pone inmediatamente alerta.

Y lo hace porque tiende a tomar a las personas por su palabra pronunciada en público, aunque se trate de una manía ya preterida y fuera de lugar en los tiempos que corren. Pero uno recuerda que se le ha repetido muchas veces por quienes saben de la cosa y nos hacen creer que cuentan con información privilegiada sobre la cosa, diciendo que lo importante del cese de ETA radicaba en que era unilateral y no condicionada, que era un acto que no tenía vuelta atrás, como no lo tenía la apuesta de Batasuna por las vías políticas, aunque sean bastante totalitarias o del todo.

Si esto es así, ¿en qué consiste el liderazgo?

¿Qué es lo extraordinario que el lehendakari o el presidente del Gobierno central deben poner en marcha? ¿Para qué, con qué fin? Si ETA ya no va a matar, si Batasuna ya ha tomado la decisión irrevocable de actuar solo por vías políticas, ¿qué es lo que hay que liderar?

Liderazgo fue necesario cuando se tomaron las medidas que nos han conducido a la situación en la que estamos actualmente, especialmente porque esas decisiones iban contrarriente, porque esas decisiones resultaban irrisorias, antidemocráticas y contraproducentes para los que saben de la cosa, para los entendidos, para los que estaban en la onda. Era necesario liderazgo para apostar por la lucha del Estado de derecho con todos sus medios contra el terrorismo, para cerrar el Pacto por la Libertad y contra el Terrorismo, para derivar la consecuencia de proponer y aprobar la Ley de Partidos Políticos, para plantear ante los tribunales la ilegalización de Batasuna. Liderazgo en estado puro, liderazgo que ha producido, contra todos los agoreros, los beneficios de haber forzado a Batasuna a apostar por vías exclusivamente políticas, y a ETA a anunciar el cese de sus asesinatos.

Pero ahora ¿en qué podría consistir el liderazgo? Porque si vivimos las consecuencias del liderazgo puesto a trabajar hace más de diez años, si esas consecuencias son positivas, lo único que cabe es seguir por la misma senda, adaptándose a las circunstancias, pero sin traicionar ni una jota de las ideas y principios en los que se basó aquel liderazgo. Paciencia, aplicación del derecho, de la ley y del sentido común.

Y si ETA aún no se ha disuelto, pero su cese en la cadena de asesinatos no tiene vuelta atrás, a pesar de los augurios de Eguiguren, razón de más para no

cambiar los fundamentos del liderazgo que ha producido las consecuencias positivas de la derrota de ETA y de forzar a Batasuna a acatar las reglas de la democracia –y no han llegado más allá de esto–.

Mucho me temo, sin embargo, que la reclamación de liderazgo tiene más que ver, primero con las urgencias de ETA/Batasuna, que han dejado colgados a sus presos; tiene que ver más la voluntad de imponer sus temas, sus preocupaciones al conjunto de la sociedad, de marcar la agenda política para demostrar que son los actores principales de la nueva situación; y tiene que ver más con la necesidad de, a través de lo anterior, legitimar la historia de terror de ETA, ganar la batalla de la narrativa, y anular la fuerza del discurso de las víctimas, de la exigencia de memoria, dignidad y justicia.

A pesar de haber vencido, todos bailando con la melodía de los derrotados, elevándolos a la posición de exigir a los demás liderazgo para solucionarles sus problemas. No aprendemos nunca.



:: JOSE IBARROLA